

JESÚS SALAS ÁLVAREZ | MIRELLA ROMERO RECIO
(EDS.)

La Antigüedad grecorromana como modelo e instrumento de modernización y transformación cultural en España y Latinoamérica

TREA

PIEDRAS ANGULARES



La Antigüedad grecorromana como modelo
e instrumento de modernización y transformación
cultural en España y Latinoamérica

La Antigüedad grecorromana como
modelo e instrumento de modernización
y transformación cultural en España
y Latinoamérica



JESÚS SALAS ÁLVAREZ
Universidad Complutense de Madrid

MIRELLA ROMERO RECIO
Universidad Carlos III de Madrid
(eds.)

EDICIONES TREA

Este libro ha contado con la ayuda económica y se ha llevado a cabo en el marco del Proyecto I+D+i «La Antigüedad modernizada: Grecia y Roma al servicio de la idea de civilización, orden y progreso en España y Latinoamérica» (ANTIMO) PID2021-123745NB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER.



ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA

COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición: mayo de 2025

© del texto: los autores de cada capítulo, 2025

Motivo de cubierta: El Partenón de la Quinta Normal, Santiago de Chile. El edificio alberga el Museo de Ciencia y Tecnología desde 1985. Fotografía de Carolina Valenzuela Matus.

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.

C/ Gran Capitán, 52

33213 Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

ISBN: 978-84-10263-79-6

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción. La Antigüedad grecorromana como instrumento de modernización y transformación cultural en España y Latinoamérica	11
JESÚS SALAS ÁLVAREZ MIRELLA ROMERO RECIO	

I. POLÍTICA, CULTURA Y FORJA DE IDENTIDADES NACIONALES

1. El modelo de la Antigüedad para el gobierno y gestión territorial del Nuevo Mundo durante la conquista	19
PALOMA MARTÍN-ESPERANZA	
2. La Antigüedad clásica, símbolo de patria y modernismo en México, 1823-1910	39
ELVIA CARREÑO VELÁZQUEZ	
3. El estudio del griego y el latín y sus autores como medio para el progreso y la construcción de la identidad cubana en el siglo XIX	55
FEDERICA PEZZOLI	
4. Minerva, la diosa tutelar del programa político de orden y de progreso de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920).	75
RICARDO DEL MOLINO GARCÍA	
5. <i>Nom omnis moriar</i> : Belisario Porras y su Ciudad de Panamá	95
CATHERINE E. MUÑOZ ARANGO	

II. LA HISTORIA DEL MUNDO CLÁSICO Y DE SUS PROTAGONISTAS

6. La leyenda de los «lenguas cortadas» en la explicación clásica del poblamiento de Canarias	117
ROSA SIERRA DEL MOLINO ISRAEL CAMPOS MÉNDEZ	

7. Nostalgia de Roma antigua: el viaje de Benjamín Vicuña Mackenna, un chileno entre dos mundos (1854) 137
MARÍA GABRIELA HUIDOBRO SALAZAR
8. La Fiesta de la Primavera de 1911: un análisis de la presencia de los antiguos griegos en la modernidad de Curitiba 151
RENATA SENNA GARRAFFONI
9. Modernización, transformación e Historia Antigua. El viaje a Italia organizado por Elías Tormo en 1927 171
MIRELLA ROMERO RECIO
10. Miradas contrapuestas: la recepción moderna de Lucio Sergio Catilina, entre el político degenerado y el líder revolucionario 191
ANTONIO DUPLÁ ANSUÁTEGUI

III. LITERATURA Y PRENSA COMO DIFUSORAS DEL MUNDO CLÁSICO

11. La moderna construcción de la literatura grecolatina en el siglo XIX y su transferencia al ámbito hispánico: los imaginarios de lo clásico, el Renacimiento y la nación 215
FRANCISCO GARCÍA JURADO
12. Manuel Bueno Bengoechea (1874-1936). Crónicas de viaje a Grecia y cultura clásica 231
LUIS MANZANO SÁNCHEZ
13. El mito clásico en la prensa española de la Segunda República: Venus y la libertad sexual 251
LUIS UNCETA GÓMEZ
14. Ecos de la antigüedad en Madrid: visiones periodísticas de su modernización como metrópoli 271
CARLOS MACIÁ-BARBER

IV. ARTE, ESPACIOS Y ECOS DE LA ANTIGÜEDAD

15. Los clásicos en un laboratorio natural. Influencias grecorromanas en el Parque Quinta Normal, Santiago de Chile 291
CAROLINA VALENZUELA MATUS

16. Las musas en Bogotá: el Teatro Colón y el uso de la Antigüedad clásica para civilizar la ciudad (1871-1895) 309
LAURA BUITRAGO
17. ¿Atenas en Brasil? São Luís, São Carlos, Pelotas... De norte a sur, la recepción de la Antigüedad en los trópicos (del siglo XIX al presente) 333
FABIO VERGARA CERQUEIRA
18. Prometeo en el Trópico: un mural de Rufino Tamayo para la Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico 359
DANIEL EXPÓSITO
19. «Fuera luces. Arriba telón. Empieza la función». El interés por la Antigüedad clásica en el desarrollo de la danza y el espectáculo en España 381
MARÍA MARTÍN DE VIDALES GARCÍA
20. Siempre Ulises 399
MARÍA CONCEPCIÓN CASAJÚS QUIRÓS

V. ANTIGÜEDAD Y COLECCIONISMO

21. Gemas, falsificaciones y mercado de arte: rastreando la colección de D. Rodrigo de Sá e Meneses, marqués de Fontes, en Roma (1712-1718) 419
PILAR DIEZ DEL CORRAL CORREDOIRA
22. El taller de vaciados de Pietro Paulo Caproni & Brother y el coleccionismo «delle copie dell'antico» 439
JESÚS SALAS ÁLVAREZ
23. Primeras aproximaciones a las colecciones de antigüedades griegas y romanas en Chile: museos, viajes y élite (mediados del siglo XIX-mediados del siglo XX) 459
DANIELA SILVA JARA
24. De párrocos a grandes pioneros: clérigos coleccionistas de pizarras numerales. 479
NEREA FERNÁNDEZ CADENAS
- Resúmenes / Abstracts 495
- Índice geográfico 519
- Índice de instituciones 523
- Índice onomástico 527

Nostalgia de Roma Antigua: el viaje de Benjamín Vicuña Mackenna, un chileno entre dos mundos (1854)

MARÍA GABRIELA HUIDOBRO SALAZAR*
Universidad Andrés Bello, Chile

1. Introducción

La historia republicana de Chile remonta sus orígenes a comienzos del siglo XIX. El 12 de febrero de 1818, Bernardo O'Higgins proclamó su independencia luego de más de dos siglos de sujeción colonial a la corona española. El proyecto político que se propuso desde entonces implicaba grandes desafíos. No solo suponía organizar de forma administrativa el nuevo estado, sino convocar a sus habitantes en torno a una causa ciudadana e identidad cultural comunes, que renovaran los fundamentos de la soberanía chilena y orientaran al país en función de una propuesta a futuro: una que debía distanciarse del pasado colonial y de su tradición —anclada, sobre todo, a una identidad rural—, para apostar por un futuro de prosperidad y modernidad.

El paulatino crecimiento económico, la consolidación de las fronteras y un sistema político centralizado en un gobierno fuerte, administrado a lo largo de tres decenios por gobiernos conservadores (1831-1861), permitieron a la élite chilena aspirar y promover dicho proceso de modernización. Uno que pensaba la modernidad asociada a una fe en el progreso racional, a las oportunidades de conocimiento, al ejercicio político secular, que apuntaba a la participación próspera de los ciudadanos en una república idealizada.¹

Para eso, los intelectuales y miembros de la élite, plegándose a una tendencia transversal en América Latina, buscaron referentes contemporáneos a seguir. Su formación académica, sustentada en un modelo humanista y la lectura y cultivo de literatura europea —clásica, ilustrada y romántica—, debió incidir en su admiración por la cultura del Viejo Mundo y en su aspiración a promover en Chile

* Correo electrónico: <mhuidobro@unab.cl>. ORCID: <<http://orcid.org/0000-0001-9980-6175>>. Este trabajo se ha realizado en el marco de los proyectos: I+D+i *La Antigüedad modernizada: Grecia y Roma al servicio de la idea de civilización, orden y progreso en España y Latinoamérica*, PID2021-123745NB-I00; y FONDECYT Chile 1120015.

¹ Subercaseaux, 2016: 2-3.



el desarrollo de prácticas ciudadanas similares a las de sus modelos. Del mismo modo, el ejemplo de Estados Unidos en su proceso de independencia y configuración política constituía también un referente de inspiración. Así, los gobiernos y la más alta clase social chilena anhelaron hacer del país un espacio europeo en el continente americano.² Por supuesto, basaban dichas aspiraciones en un imaginario de Europa y, en cierta medida, de Norteamérica, como culturas civilizatorias y paradigmas de la modernidad.

Con esas expectativas, desde mediados del siglo XIX, los mismos miembros de dicha élite realizaron frecuentes y prolongados viajes, a lo largo de los cuales vieron enfrentadas sus aspiraciones y prejuicios, para reflexionar acerca del presente chileno y sus posibilidades de futuro. Algunos dejaron por escrito dichas impresiones a través de diarios y cartas, que constituyen un valioso testimonio para conocer los imaginarios de la élite intelectual decimonónica chilena sobre el mundo cultural norteamericano y europeo, así como acerca del lugar de Chile ante ellos, en lo relativo a sus valoraciones y definiciones de las ideas de tradición y modernidad.

Los itinerarios de viaje a lo largo de dichas décadas contemplaron numerosos destinos. La mayoría de los viajeros chilenos dio prioridad a países y ciudades que representaban de forma explícita los ideales del mundo ilustrado y moderno —Estados Unidos, Francia o Inglaterra—. Quizás por ese motivo, Roma no constituyó un destino predilecto. Asociada en los imaginarios a la prosperidad que alcanzó en la Antigüedad, pero, sobre todo, a su condición de capital del catolicismo, sus simbolismos no podrían asociarse de forma tan directa a la modernidad como a la tradición. Así, con excepción de viajes realizados con propósitos comerciales y diplomáticos, son pocos los testimonios que dan cuenta de jornadas desarrolladas en la capital italiana como un espacio protagónico de los itinerarios de estos chilenos.

No obstante, quienes la incluyeron, dejaron evidencias de experiencias que destacaron a Roma por un carácter particular. Nuestra hipótesis sugiere que esos testimonios integran juicios de valor y reflexiones surgidas del contraste entre expectativas y experiencias, pasado y presente, antigüedad y modernidad, identidad local y alteridad. Después de todo, en esa ciudad —cuna y patrimonio de la civilización occidental— los viajeros chilenos vieron representada parte de la tradición con la que buscaban romper, pero, al mismo tiempo, los elementos históricos con los que se habían educado desde jóvenes y que habían despertado su admiración. Sobre la base de dichos elementos, habían legitimado su proyecto político autonomista y

² Pinto, 2008: 167-177; Sanhueza, 2007: 55-62; Sanhueza, 2016: 35.



republicano y habían configurado su propia identidad como comunidad cultural y social. Tal como había ocurrido a lo largo de la historia de la sociedad occidental, el conocimiento e imitación de la cultura clásica antigua había formado parte de un patrimonio y capital cultural identitario de la élite letrada chilena, que la diferenciaba de otros sectores sociales del país, de manera que tal reconocimiento y admiración se reflejó en sus testimonios de viaje, que traslucen, así, las contradicciones y contrastes indicados.³

Entre dichos relatos, destaca el de uno de los más reconocidos intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX: Benjamín Vicuña Mackenna, quien visitó Roma en 1854. Sus descripciones y reflexiones sobre esta ciudad no solo destacan por su extensión, sino por los imaginarios y juicios de valor que traslucen y que vinculaban su experiencia de viaje a sus conocimientos previos, bagaje cultural y horizonte de expectativas.

Vicuña Mackenna participó de forma activa en la configuración de la identidad cultural chilena para orientarla a su modernidad, de manera que un destino como Roma no podía resultarle indiferente. Por lo demás, no viajó solamente a Italia. Este destino formaba parte de un extenso recorrido, el primero que realizó por el extranjero, y el prolongado itinerario que siguió le permitió comparar sus impresiones entre uno y otro lugar, intensificando así sus juicios apreciativos y valorativos. Benjamín Vicuña inició el trayecto en 1852 con una larga visita a Estados Unidos, para luego continuar hacia Europa, pasando por Francia antes de arribar a Italia en 1854. De este modo, la percepción de los contrastes entre América y Europa, un nuevo y un viejo mundo, antigüedad y modernidad, pudo haber tomado aún más fuerza a medida que desarrollaba su trayecto.⁴

El objetivo del presente estudio consiste en analizar, a través de este relato sobre las experiencias de Vicuña Mackenna en Roma, la percepción y valoración de un miembro representativo de la élite sociocultural chilena de mediados del siglo XIX, acerca de la ciudad latina ante los desafíos de definir una identidad cultural renovada y tensionada entre la tradición del país y sus aspiraciones de modernidad. Su testimonio puede confrontarse con algunas cartas de otros intelectuales chilenos de la segunda mitad del mismo siglo, que ratifican una tendencia común alusiva a contrastes y a una mirada crítica y reflexiva que dan cuenta de la representatividad de las percepciones de Vicuña Mackenna.

³ Settis, 2006: 88.

⁴ Mera, 2014: 111.



2. Algo sobre Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886)

Todo viaje, más allá de los desplazamientos geográficos, supone una trayectoria interna, una experiencia íntima y subjetiva en la que su protagonista conoce y aprehende los nuevos espacios y culturas a los que se enfrenta, mediado por sus prejuicios, expectativas y antecedentes. Por este motivo, los testimonios del viajero requieren analizarse en consideración de aquellos antecedentes biográficos que permitan comprender su formación, bagaje cultural y la visión política y académica que pudo influir en sus percepciones y valoraciones.

Benjamín Vicuña Mackenna nació el 25 de agosto de 1831 en Santiago de Chile, en el seno de una familia de élite. La república chilena contaba poco más de una década de historia y se hallaba en proceso de consolidación del sistema político tras algunas agitaciones internas entre facciones liberales y conservadoras. Para el año de nacimiento de Vicuña Mackenna, estas últimas habían logrado imponerse, iniciando un período de gobiernos conservadores que se extendió a lo largo de tres decenios. Estos tendieron a establecer una administración centralizada, tradicionalista y presidencialista, apoyada en el favor de la Iglesia católica.

Desde comienzos del siglo XIX, la familia de Benjamín Vicuña, en particular, sus abuelos y padres, se habían involucrado en los procesos políticos desarrollados, mediante el establecimiento de redes de influencia con otros clanes de la aristocracia local.⁵ El ambiente doméstico pudo incidir en la formación de un temprano interés de Vicuña Mackenna por las materias y contingencia política. Ante el conservadurismo que dominó el país durante su juventud, este intelectual adhirió a un ideario liberal disconforme con el gobierno chileno.

Inspirado por idearios europeos y norteamericanos, Benjamín Vicuña participó de los esfuerzos de organización política y académica que impulsaran al país hacia su modernización y progreso. Para ello, promovía la circulación de ideas liberales y la gestación de iniciativas culturales, pero sus propósitos lo llevaron a participar también de los movimientos civiles por derrocar al gobierno conservador.

El período de las nuevas elecciones en 1850 llevó al enfrentamiento de liberales y conservadores, que no concluyó solo con la imposición de estos últimos, sino que con una guerra civil en la que el bando de Vicuña Mackenna fue derrotado. Así, con veinte años, en 1851, había sido parte de un intento revolucionario liberal que fue aplacado con firmeza. Los participantes fueron detenidos y encarcelados, suerte que él también corrió. Aunque logró fugarse al poco tiempo, la sentencia a muerte

⁵ Feliú Cruz, 1958: 11-13.



que pesaba sobre él lo obligó a optar, finalmente, por el exilio. De esta manera, abandonó Chile el 26 de noviembre de 1852.⁶

Su primer viaje a Norteamérica —México, Canadá y, en particular, Estados Unidos— y luego a Europa —periplo a lo largo del cual recorrió Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania, Italia y España— se produjo, por ende, a partir de una razón política forzosa. No obstante, Vicuña se dispuso para recorrer el hemisferio norte con el fin de conocer modelos que pudieran inspirar su ideario, empaparse de su cultura y admirarse de la modernidad de las ciudades recorridas.⁷ Su permanencia en el extranjero se prolongó por más de tres años, a lo largo de los cuales registró por escrito sus experiencias en diarios de viaje. Volvió a Chile en 1856 y ese mismo año se encargó de publicar su testimonio.

Este no fue el único viaje que realizó a Europa movido por circunstancias políticas, pero, sin dudas, el primer encuentro con el Viejo Mundo dejó profundas huellas en él. En 1857, concluyó su carrera como abogado y se reincorporó a la actividad política. No cesó en sus intentos por imponer sus ideas liberales. Participó en un nuevo movimiento en favor de la libertad electoral cuyo fracaso lo llevó, otra vez, fuera del país. En esas circunstancias visitó, en 1859, Inglaterra, España y Perú. En 1861, regresó a Chile e inició lo que podría reconocerse como su etapa de madurez. Ejerció cargos académicos y políticos. Fue un prolífico escritor, periodista e historiador. Alcanzó los cargos de diputado, senador e intendente de Santiago.⁸

En 1865, visitó Estados Unidos por segunda vez y, en 1871, viajó a Europa por una tercera oportunidad. En este caso, los motivos no fueron forzados. Por el contrario, se había casado hacía poco tiempo y realizó un viaje de turismo con su esposa, Victoria Subercaseaux.

A su regreso, continuó desempeñándose en labores públicas, gubernamentales e intelectuales. En estos ámbitos, destacó como un prolífico pensador y agente para llevar al país a la modernidad, mirando siempre a Europa como modelo civilizatorio a considerar. Falleció el 25 de enero de 1886.⁹

⁶ Donoso, 1925: 21-22; Sanhueza, 2013: 214-215; Ahumada, 2014: 31-34.

⁷ Donoso, 1925: 48-51; Feliú Cruz, 1958: 15; Leyton y Huertas, 2012: 25-26; Sanhueza, 2013: 214-223.

⁸ Leyton y Huertas, 2012: 31-37.

⁹ Huidobro, 2023: 37-38.



3. Perspectivas de Benjamín Vicuña Mackenna sobre una Roma entre pasado y presente

Los meses previos a su primera salida de Chile fueron intensos y complejos para Benjamín Vicuña Mackenna. Su defensa de las ideas y políticas liberales lo llevaron al extremo de participar en una guerra civil, de manera que su partida estuvo cargada de profundas emociones, las que expresó a través de sus diarios de viaje. Dejaba su país con sensación de derrota. «Yo he viajado no por placer, ni por fausto, ni por el pueril entretenimiento de “rodar tierras”. El destino me ha impuesto un programa más severo».¹⁰

La perspectiva con la que se embarcó al extranjero para una travesía que se extendería por casi tres años estaba cargada de crítica y lamentación. No le pesaba tanto su situación personal como la de su país: su voz lloraba el retraso y los errores que, en su opinión, caracterizaban al Chile de su tiempo. Con su viaje, esperaba hallar respuestas y verdades que pudiera compartir luego con sus compatriotas para superar ese estado de la situación:

Que esa verdad que la distancia y nuestra posición, la tradición y los hábitos del país han hecho tan tardía como necesaria, brille pura una vez, y que a su luz algunos errores puedan desaparecer de la gran suma de absurdo y atraso que a la par de tan generosas virtudes, hemos recibido en herencia de nuestra raza y de nuestra historia.¹¹

Sin embargo, a lo largo de su trayecto, se vio en la obligación de confrontar sus expectativas y prejuicios —forjadas en base a sus estudios y lecturas— con las realidades que fue conociendo de forma gradual y paulatina. En particular, cargaba con nociones idealizadas de la antigua civilización romana como modelo político y cultural pagano, así como de la libertad y progreso de Estados Unidos como referente imperativo moderno, «primera nación del mundo hoy mismo».¹² Pero fue la idea de una grandiosa Roma antigua la que constituyó un criterio explicativo y comparativo a lo largo de su relato de viajes.

Incluso, antes de conocer la capital italiana, Roma le sirvió para dar forma a sus impresiones y juicios sobre Estados Unidos. Su relato expresa su asombro por el poder alcanzado por los norteamericanos, reflejado en sus grandes ciudades, avances científicos y monumentos urbanos. Sin embargo, al dejar el país, en julio de 1853, Vicuña confesó sentimientos contradictorios. Aunque había encontrado allí un esplendor presente, este no dejaba de ser una ilusión materialista, desprovista de

¹⁰ Vicuña Mackenna, 1856.

¹¹ Vicuña Mackenna, 1856: I.

¹² Vicuña Mackenna, 1856: 99.



la grandeza moral e intelectual que, a su juicio, caracterizaba a las civilizaciones del pasado. Para el autor, en ello descansaba una diferencia sustantiva entre el Nuevo y el Viejo Mundo, aunque a este último aún no lo conociera por experiencia directa. Mientras el primero representaba las aspiraciones hacia el futuro, marcadas por la ambición de poder y la idea de posibilidad, el segundo guardaba la historia y el acervo cultural e intelectual de occidente, de los que Chile era heredero:

Mi admiración, en efecto, por los Estados Unidos, era como a pesar mío, pero ¿quién pudiera negarse a reconocer los inmensos destinos que aguardan a este pueblo, primera nación del mundo hoy mismo, en el sentido en que el mundo comprende el poder y la grandeza? Y si no lo son en realidad, si son menos ilustrados que la Inglaterra y la Francia, si no tienen historia propia ni experiencia adquirida, los americanos no por eso dejan de creerse los soberanos de la tierra; y de esta convicción nace su inmenso poder. Ellos creen que no hay nada que no puedan acometer y nada que les esté vedado alcanzar; y con esta fe entran en todas las empresas y con ella alcanzan siempre también el fruto que se había prometido.¹³

Al embarcarse rumbo a Europa, el chileno iba cargado de las expectativas de una Europa idealizada en términos morales, complementaria de Estados Unidos en su concepción de grandiosa civilización.

La historia, sin embargo, ha desarrollado en la humanidad dos clases de civilización, la una de la moral y de la inteligencia, y la otra del materialismo, mejor conocido por el sistema utilitario. Aquella, de que la raza latina fue la madre y la nodriza hasta que la maza de Atila tocó a las puertas de Roma, ha quedado depositada sin embargo todavía entre nosotros, sino tanto como una práctica actual, como una noble y venerada tradición al menos. ¿Poseen ambos elementos de grandeza los Estados Unidos? ¿La base de su desarrollo político, de sus actos gubernativos, es la moral? ¿Sirve la inteligencia al perfeccionamiento de la sociedad, a la depuración del error, al ensanche de los dominios de la razón, de la justicia y de la libertad? ¡No, por cierto! La moral, acaso más pura y limpia en el hogar del hombre del norte que entre nosotros, se mantiene solamente, sin embargo, en el rincón doméstico.¹⁴

No obstante, su llegada a Roma lo obligó nuevamente a confrontar expectativas y realidad, acervo cultural, lectura mediada y experiencia directa, memorias de una tradición y aspiraciones de futuro. Tras visitar Francia, Vicuña Mackenna llegó a Italia a través del puerto de Civitavecchia el 19 de abril de 1854. Su descripción no oculta su asombro al descubrir ahí desorden, miseria y corrupción. «¡Tristísima

¹³ Vicuña Mackenna, 1856: 99.

¹⁴ Vicuña Mackenna, 1856: 100.



imagen de la miseria de un gran pueblo que fue!».¹⁵ La sensación lo acompañó a lo largo del trayecto que hicieron en diligencia hasta entrar en Roma y no lo abandonó durante toda su experiencia en esa capital. A partir de esas primeras impresiones, el autor establece a través de su relato, un juego de tiempos y contradicciones entre pasado y presente, gloria pretérita y decadencia contemporánea, sustentado en el contraste de sus expectativas y experiencias, imaginación, bagaje cultural y conocimiento *in situ*.

Roma, tal vez, no podría ofrecer un ejemplo para la generación de Benjamín Vicuña Mackenna, pero sí tenderle un puente con una tradición que también le pertenecía a Chile y con un pasado que aún podía enseñar:

 Pero había en aquellos dolorosos cuadros un contraste grandioso e inmenso. La imaginación se encumbraba al través de los siglos a aquellas eras de grandeza inmensurable que cupo apenas en el Orbe conocido, de poderío irresistible que todas las razas que poblaban entonces la tierra aceptaron y reconocieron; era de eterna gloria y de eterna y suprema enseñanza para los imperios futuros que nunca empero igualarán al imperio de la extinta Roma... Cada palmo parecería tener por inscripción estas palabras: «¡Gloria y pasado!».¹⁶

Sin tener mayores razones para describir en detalle el desorden y la miseria del presente, Vicuña Mackenna opta por remontarse al pasado para realizar, en dichas páginas de viaje, un trayecto temporal: repasa en un retrato idealizado, estereotipado, los nombres de los célebres políticos, héroes militares y hombres de letras. Le impacta que en las mismas calles donde reine el desorden paseaban antes esos personajes virtuosos o perversos que él había conocido en el itinerario de su propia educación:

 Tal vez estas hondonadas oyeron un día el mugido de la loba nodriza de Rómulo... ¡Qué historia y qué contrastes! Bruto jura la república sobre el puñal ensangrentado que ha recogido sobre un tálamo profanado. Los Gracos, de pie sobre las gradas del Capitolio, hacen bajar al pecho del pueblo cual rayos de pasión y de entusiasmo, la palabra de su elocuencia. César hace temblar el mundo... y cuando Roma tiembla... ¡se cubre con su manto y agoniza al pie de la estatua de Pompeyo! Los cuarenta Augustos con lento paso se hunden unos tras otros en las tinieblas de los siglos (...) Pero ahí se alza augusta como la justicia la figura de Tácito, su pluma es una espada y una corona, y con mano firme esculpe sobre la frente de Roma una historia indeleble. Juvenal y Ovidio, Horacio y Virgilio, ¡qué nombres!¹⁷

¹⁵ Vicuña Mackenna, 1856: 233.

¹⁶ Vicuña Mackenna, 1856: 233.

¹⁷ Vicuña Mackenna, 1856: 233-234.



En el relato del autor parecen convergir y amontonarse de forma acelerada los nombres y momentos de la historia que configuraban su memoria histórica y bagaje cultural. La historia de Roma antigua había constituido la base de su educación letrada en Chile y en su visita a la ciudad, parece haber llegado en la búsqueda de las huellas de aquellos personajes que conocía, hasta entonces, solo por sus lecturas. El choque con un espacio caótico y abandonado pudo contrariarlo:

Todo se envuelve y se aglomera en aquel nombre singular, pañales y mortaja de la historia, el nombre de Roma... y hoy la miseria, las ruinas, una tradición muda y acusadora, y para el porvenir, el caos y la nada... ¡Oh, Roma! Tú eres la historia, tú eres la humanidad, tú eres el mundo.¹⁸

Instalado en un hotel cercano a Piazza di Spagna, Vicuña Mackenna confesó en su diario que Roma fue la única ciudad europea que le provocó sentimientos, quizás, porque sentía una historia y conexión previa con ella. Por eso, aunque decepcionado, no renunció a la posibilidad de expresarse. Por el contrario, se sentía compelido a ello por un compromiso espiritual con una civilización que, aunque pasada, merecía su reconocimiento:

Yo renunciaría a estampar aquí las impresiones que me produjo Roma, más por despecho que por admiración. Pero yo no debía juzgarla, por un presuntuoso y filosófico criterio sino contemplarla con las emociones libres del alma. Solo así puede comprenderse y gozarse de la Roma del día, y es por esto también que Roma ha sido para mí la única ciudad europea de la que yo me haya alejado con sentimiento.¹⁹

Roma —la antigua— formaba parte de su capital cultural identitario. Tenía con ella un vínculo dado por la tradición. Y así, en sus reflexiones refleja haberse visto afectado por una sensación de injusticia, casi sufrimiento, al ver a esa ciudad y a la civilización que representaba, tratada en el presente como no merecía: «¡ciudad desolada, sucia, vulgar, cubierta de harapos se ofrecía a mi vista en lugar de la Roma de mis ensueños!».²⁰

Lo impactaban el descuido, la poca conciencia de los romanos que vendían sus mercancías y ataban sus animales donde antes resonaban las voces de Cicerón y de los Gracos: «Las campesinas venden sus legumbres al pie de la columna de Marco Aurelio»²¹. Hubo gloria y poder en Roma, pero no halló, en cambio, modernidad.

¹⁸ Vicuña Mackenna, 1856: 234.

¹⁹ Vicuña Mackenna, 1856: 234.

²⁰ Vicuña Mackenna, 1856: 234.

²¹ Vicuña Mackenna, 1856: 235.



En el testimonio de Benjamín Vicuña Mackenna, pasado y presente no serían sinónimos de antiguo y moderno.

Triste suerte la de aquellos que acostumbrados a juzgar de la grandeza de un pueblo, no por los prodigios brutos de la industria y la mecánica, solo encontrarán en su camino el polvo de la historia, trochados fragmentos de las artes, y casi del todo borrada la huella de una civilización espiritual e inteligente... Roma es tal vez en sí misma una gran capital, pero una comparación inmediata e inevitable de otros tiempos la desnuda a cada paso de sus modernos atavíos. Y entonces, ¿qué le queda?²²

Especial impacto sufrió el chileno en su visita al Palacio de los Césares en el Palatino. Allí, descubrió que la antigua residencia de los emperadores había pasado a ser la de un campesino que cosechaba entre las grietas y ruinas, cebollas y alcachofas. Por si fuera poco, a modo de guía turístico, inventaba historias sobre los usos de cada espacio en el pasado imperial.²³

¿Qué queda hoy de tanto deleite y tan inmenso poderío? El humilde labrador que nos guiaba, heredero de Augusto y dueño de su mansión, inclinándose con reverencia pedía perdón de su ignorancia a dos modestos hijos del último rincón de un Mundo, 18 siglos más nuevo que estos escombros... ¡Qué contrastes y qué lecciones! La mente se apaga como una antorcha ahogada en su propio pábulo delante de tales espectáculos.²⁴

El contraste no lo afectaba solamente por la desilusión de quien percibía tan distante esa ciudad que había idealizado desde su infancia, sino porque Roma e Italia le terminaban resultando más parecidas a Santiago y a Chile —a los que había criticado por su retraso— que a una civilización ejemplar.

Por su parte, el monte Capitolino también fue testimonio de ese contraste entre lo antiguo y lo moderno que despertaba la crítica del autor: «Y en el centro de tanta grandeza revolcada en el polvo de los siglos, el Capitolio se levanta mezquino, vulgar como un inmenso caserón moderno... ¡Cuántas insondables transformaciones del tiempo!».²⁵ Solo el Coliseo parecía erguirse con el orgullo de las épocas pretéritas:

Ahí todavía el Coliseo en pie, solo, mudo, grande, aislado en el centro de Roma, alzando su anchurosa frente, señor de todas las grandes ruinas, severo e imponente como

²² Vicuña Mackenna, 1856, p. 234.

²³ No fue ese el único momento cuando Vicuña y sus acompañantes debieron padecer a los mercenarios cicerones, improvisados guías que no contaban con los conocimientos ni preparación para su rol. Su escasa cultura sorprendió al autor cuando en el museo capitolino, su guía confundió un busto de Sócrates con un retrato de Galileo.

²⁴ Vicuña Mackenna, 1856: 237.

²⁵ Vicuña Mackenna, 1856: 235.



su historia, cuna grandiosa de la regeneración del mundo, obrada por el martirio, digna lápida también de las edades que fueron... ¡Tal es la Roma del pasado!²⁶

Allí, Vicuña sintió que no podía contener las lágrimas. Anonadado, lo conmovía un «entusiasmo celeste»²⁷ por esta emblemática estructura que representaba una cierta eternidad de la antigua Roma. En comparación con el Coliseo, los demás edificios le parecían pequeños. Pero no quería recorrer más que las ruinas. Para la Roma moderna, originaria del período cristiano, no guardó mayores elogios. En su opinión, solo el Vaticano y un par de espacios más mostraban un esplendor digno de una capital europea. El resto se caracterizaba por las calles estrechas y sin luz.

La Roma moderna edificada por los Papas y demolida por el cañón de la conquista, se enorgullece solo de San Pedro, de sus seis famosas basílicas, sus centenares de iglesias, el Vaticano con su espléndido museo y el solitario Quirinal residencia de los Pontífices. Las preciosas fuentes que surten de agua a Roma contrastan también con sus calles angostas y oscuras.²⁸

Las expresiones culturales y artísticas contemporáneas también le parecieron decepcionantes. No había verdaderos espectáculos a los que pudiera asistir. Sus descripciones se basaban de forma constante sobre el contraste entre un tiempo glorioso pasado y un presente que se sostenía desde los fragmentos de aquel. Durante su visita, lo invitaron a una presentación de títeres, «¡el único pobre y mísero espectáculo que ha quedado a este pueblo que en otro siglo edificó el Coliseo!».²⁹ Añoraba las excelsas letras de los autores clásicos. En contraste, solo veía que en Roma restaban los periódicos que, a diferencia de la literatura trascendente de los siglos pasados, resultaban, finalmente, desechables: «los hijos de Tertuliano y Tácito que tuvieron un foro público hoy se contentan con el *Índice Romano*, la *Gaceta Pontificia* y la mutilada estatua de *Pasquin* que vi tirada como un viejo trozo de mármol en un ángulo de la Plaza Navona».³⁰

La Roma con la que Vicuña Mackenna se sentía identificado no era la ciudad moderna. Se sentía apartado por ella. Decía preferir, durante esas noches, sentarse a la orilla del Tíber que participar de la vida comercial de las tiendas del Corso o del barullo de la vía Condotti. Después de todo, sus impresiones de la capital

²⁶ Vicuña Mackenna, 1856: 235.

²⁷ Vicuña Mackenna, 1856: 235.

²⁸ Vicuña Mackenna, 1856: 235.

²⁹ Vicuña Mackenna, 1856: 246.

³⁰ Vicuña Mackenna, 1856: 247.



italiana se vieron definidas por una conexión cultural y emocional con el espacio histórico, trascendente a la contingencia del presente. Ante las huellas de la antigua Roma, Vicuña veía despertar un sentimiento de identificación que, según él, sucedía cuando se estaba frente a las grandes obras de la naturaleza o de la humanidad: una que llevaba a la disolución de la individualidad para la compenetración con la obra. Pero para eso requería de su imaginación, de la conexión con esa Roma que él sabía, había existido alguna vez:

Yo quería huir como de una impostura y de un remordimiento de la Roma moderna de mendigos y mercenarios extranjeros. Yo quería vivir solo en los pasados siglos de grandeza y libertad; y cuando regresaba a mi hotel, me dormía olvidado de la prosaica existencia de los modernos viajeros y soñaba, como cuando niño, con la historia de Rómulo y César, echando lejos de mí las imágenes acusadoras del presente.³¹

Acababa así su visita a Roma y la descripción de sus experiencias en la ciudad eterna en este diario de viajes.

4. Consideraciones finales

Benjamín Vicuña Mackenna no fue el único en impresionarse con las contradicciones expresadas en su relato de viajes ante las expectativas que tenía sobre Roma —basadas en la memoria histórica sobre sus tiempos de gloria en la Antigüedad— y sus impresiones sobre la ciudad contemporánea. En 1860, por ejemplo, Domingo Santa María, otro intelectual liberal destacado en Chile, contaba a su amigo Miguel Luis Amunátegui, con sorpresa, que las calles romanas eran más sucias que las de su país y que no tenían policía.³² Solo en las últimas décadas, asomaron algunos testimonios de chilenos que reconocían que los italianos estaban haciendo esfuerzos por modernizarse, aunque aún la ciudad no había alcanzado ese estado. El 4 de mayo de 1886, el hijo de Miguel Luis Amunátegui, Domingo Amunátegui Solar, confirmaba a su padre que las impresiones escritas tres décadas atrás, aún tenían vigencia: «hay además gran número de callejuelas estrechísimas, tortuosas y ¡desaseadas!».³³ La vía del Corso le parecía menos admirable que la calle del Estado en Santiago de Chile.

³¹ Vicuña Mackenna, 1856: 247.

³² Carta de Domingo Santa María a Miguel Luis Amunátegui, Roma, 15 de abril de 1860, Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, Archivos Documentales, AD n.º 25674.

³³ Carta de Domingo Amunátegui y Solar a su padre Miguel Luis Amunátegui, Roma, 4 de mayo 1886, Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, Archivos Documentales, AD n.º 3625.



Si Roma fue un modelo para los chilenos en el siglo XIX, lo fue desde la memoria de su pasado y la excelencia de sus textos clásicos. Poco podía proponer desde el presente, al menos a aquellos liberales que aspiraban a llevar a Chile a un ideal de progreso y modernidad. Para eso habría otros modelos: Francia, Inglaterra, Estados Unidos, que se erigieron como competidores en un debate que, en ese siglo, desarrollaron conservadores y liberales en Chile por defender o criticar el lugar de los estudios de latinidad para las nuevas generaciones. En la base de ese debate subyacían prejuicios sobre el latín asociado al pasado colonial y la doctrina eclesiástica, mientras las lenguas modernas como el inglés y el francés se consideraban conocimientos que aportarían al progreso de la cultura local. Con todo, se reconocía, de manera transversal, que los autores clásicos griegos y romanos podían aportar a la formación humanista y ciudadana de la juventud. Pero Benjamín Vicuña Mackenna consideraba que estos podían estudiarse en sus traducciones modernas.³⁴ El autor fue uno de los más activos participantes en el debate desarrollado sobre la materia en Chile pocos años después, en 1865. Así, esperaba la actualización de los conocimientos sobre el mundo romano antiguo, al que admiraba no por las ruinas que habían sobrevivido en su presente, sino por lo que estas representaban respecto de una grandeza pasada. Su propuesta era coherente con las experiencias adquiridas en su viaje de juventud a Roma, una década antes.

Roma, en definitiva, no podría ser un modelo para los afanes modernizadores, pero sí una cultura *exemplum* que desde la perspectiva educativa y civilizadora tenía aún mucho que enseñar. Aunque pronto el latín fue desplazado de los planes curriculares, los autores clásicos siguieron constituyendo lecturas habituales para una élite chilena que siempre se reconoció heredera de una genealogía cultural cuya cuna estaba en la antigua Roma. Así lo había percibido Benjamín Vicuña Mackenna, intelectual representativo de un pensamiento liberal que, aunque afanado en la modernidad, se reconocía deudor y admirador del mundo clásico.

Bibliografía

- AHUMADA, Camila (2014): *Benjamín Vicuña Mackenna. Modernización, ciudad e higienismo en Santiago de Chile, 1850-1875*, Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- DONOSO, Ricardo (1925): *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo. 1831-1886*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

³⁴ Vicuña Mackenna, 1865: 459.



- FELIÚ CRUZ, Guillermo (1958): *Benjamín Vicuña Mackenna, el historiador*, Santiago: Universitaria.
- HUIDOBRO, María Gabriela (2023): «Un intelectual chileno ante Pompeya», en Mirella Romero, Jesús Salas y Laura Buitrago: *Pompeya y Herculano entre dos mundos: La recepción de un mito en España y América*, Roma: L'Erma di Bretschneider, pp. 35-51.
- LEYTON, César y HUERTAS, Rafael (2012): «Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875)», *Dynamis*, n.º 32, pp. 21-44. Disponible en <https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So211-953620120001000002>.
- MERA, Marta (2014): «Benjamín Vicuña Mackenna: viajero y visionario», *Revista de Historia de América*, n.º 150, pp. 109-160.
- PINTO, Jorge (2008): «Proyectos de la elite chilena del siglo XIX», *Alpha*, n.º 26, pp. 167-189. Disponible en <<https://revistaalpha.ulagos.cl/index.php/alpha/article/view/1930>>.
- SANHUEZA, Carlos (2007): «En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX», *Estudios Ibero-Americanos*, XXXIII, pp. 51-75. Disponible en <<https://revistaseletronicas.pucrs.br/ojs/index.php/iberoamericana/article/view/2392/1869>>.
- (2013): «El viaje a París de Domingo Faustino Sarmiento y Benjamín Vicuña Mackenna: modernidad y experiencia urbana de dos flâneurs hispanoamericanos», *Univsum*, n.º 28, pp. 203-229. Disponible en <https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=So718-23762013000100010&script=sci_abstract>.
- (2016): «Viaje, perspectiva ideológica y proyecto nacional en “Páginas de mi diario durante tres años de viaje: 1853-1854-1855” de Benjamín Vicuña Mackenna», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 17, pp. 33-53. Disponible en <<https://revistacienciapolitica.uc.cl/index.php/alch/article/view/35487>>.
- SETTIS, Salvatore (2006): *El futuro de lo clásico*, Madrid: Abada.
- SUBERCASEAUX, Bernardo (2016): «Juan Bautista Alberdi: modernidad y modernizaciones en el siglo XIX», *Revista Estudios Avanzados*, n.º 25, pp. 1-19. Disponible en <<http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/ideas/article/view/2461>>.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1856): *Páginas de mi diario durante tres años de viajes, 1853-1854-1855*, Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- (1865): «Informe del señor Vicuña Mackenna», *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo 26, pp. 449-476.



Este libro trata de explicar, a través de distintas vías, cómo la Antigüedad grecorromana se convirtió en un instrumento de modernización y transformación cultural en España y en los países de Latinoamérica. Esta idea modernizadora de la Antigüedad, asociada a conceptos como civilización, orden y progreso, permitió una constante actualización de lo «clásico», consolidándolo como un símbolo de prestigio y buen gusto que es analizado a través de veinticuatro capítulos escritos por expertos de siete países diferentes. Estos muestran el uso variado que la Antigüedad ha tenido en un amplio marco cronológico y en un nutrido ámbito temático que abarca la historiografía, la literatura, la prensa, la formación académica, el arte, las colecciones, las artes escénicas, el viaje y la política.

